El olor del miedo y otros relatos

Romina Tumini

EL OLOR DEL MIEDO
Y otros relatos

Romina Tumini

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2026
© Romina Tumini, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-49-8
THEMA: FBA - FYB
DEPOSITO LEGAL: M-12622-2026

Dedico este libro a mi esposo Vasilis
y a todas las amistades entrañables que Neuquén me regaló.

El miedo debe ser asesinado a diario
para seguir viviendo.
Herta MÜLLER

ÍNDICE

Una rana muy bella 13
Cielo de pehuenes..... 17
La noche huele a naranjas 31
Un regalo de cumpleaños..... 45
El olor del miedo 57
Techo con agujeros..... 71
Nuestro barco..... 87
Peligro de ratas..... 91
El sacrificio de las madres 101
El puente sobre el río Bravo 107

UNA RANA MUY BELLA

No deben estar muy lejos.

Protejo mis ojos del sol del mediodía. En el sur no tienen esa fuerza los rayos porque caen oblicuos. Aquí se precipitan como serpientes que se cuelan por el cuero cabelludo.

¿Dónde podrían haber ido estos niños? Más a esta hora.

Desde la esquina miro hacia adelante. El pavimento reverbera en el aire denso como una cinta de celuloide. Las manzanas son un cuadriculado perfecto de casas y veredas cortadas con el mismo molde: paredes mudas plagadas de lamparones de humedad, frentes de césped, ligustros y árboles mutilados por los podadores municipales. Una perspectiva simétrica trazada en verde oscuro como el césped de las tumbas. En el sur, en cambio, el verde es claro, joven, prometedor.

No hay signos de ellos. Pero no deben estar lejos.

Nada se mueve bajo este cielo de plástico brillante. El espejismo de celuloide borra el contorno de las cosas, confunde árboles con postes y sombras vegetales con las de bestias dormidas.

A lo lejos hay una línea que corta la continuidad de la gramilla. El mar verde se hunde en las tinieblas de un canal que marca los límites del barrio. Más allá del totoral está lo salvaje, hogar de sapos, de mosquitos y vaya uno a saber de qué otras alimañas. Del viejo de la bolsa, decían las abuelas para que los niños nos fuéramos a dormir la siesta y las dejásemos descansar.

Al canalito no se iba. Así de simple.

Pero, ¿dónde se habrán metido estos chicos? Últimamente andan con tanto secreteo.

Arrastrando los pies y a desgano voy, como si algo en esa línea oscura tuviera fuerza magnética. No miro para los costados. Aunque quizá se esconden detrás de los ligustros, de los árboles o entre los vehículos estacionados. Siempre les gustó esconderse. Y todavía más buscarse. Quizá perderse por un rato les hacía más dulces los reencuentros. Como si hubieran anticipado que nuestra mudanza al sur les robaría la chance de crecer juntos, de dar vueltas a la manzana en triciclo simulando viajes, nacimientos de hijos y aventuras de toda clase. Porque yo me había marchado con mi hija y su amigo se quedaría aquí para siempre. Solo les restaban las siestas robadas en vacaciones y las noches de fiesta navideña.

No pueden haberse ido al canalito. Lo tienen prohibido. O quizá ellos no, tal vez esos éramos nosotros. A lo mejor nunca les aclaramos bien por qué no tenían que ir allí. Yo siempre quise hacerlo, pero al final me faltaba coraje. ¿Les habría explicado algo la mamá del chico?

Aunque no creo que hayan ido, todo me lleva allí.

Me enerva la estridencia de las chicharras. Su canto disonante invade mi cabeza a medida que me acerco al pastizal.

Los había oído cuchichear el día anterior pero no le di importancia. Cosas de chicos. ¿Qué habrían estado tramando?

Mi paso se acelera, se vuelve menos errático. Bajo el alero de mis dedos trato de enfocar el zanjón. Algo se mueve allí o las aguas reverberan. Los rayos del sol rebotan sobre una superficie de metal. El reflejo no me deja ver claro, pero creo que es el manubrio cromado de un triciclo.

Un triciclo que conozco bien.

El sol refracta en mis ojos, me marea. O es el calor, o las chicharras, o esta mano invisible que me aprieta las tripas, la garganta, y no me deja respirar. Necesito encontrarlos.

¿Cómo se me ocurrió salir en ojotas? Los pies se me enredan en las ristras de gramilla que se van tragando el cemento y las baldosas de la vereda. Avanzo a tropezones porque tengo la mirada clavada en el reflejo del metal que me enceguece. El triciclo está medio hundido en una posición extraña.

No hay signo de los chicos.

Si solo hubiera puesto atención a lo que decían. Debería haber cerrado la puerta del patio con llave. Una no puede estar en todo. Aunque quizá debería… Siempre he querido parecer despreocupada para no transmitirles ese miedo mío, visceral.

Las chicharras me trepanan la cabeza. Las maldigo. Fuerzo mis oídos para escuchar cualquier otra cosa que me dé una pista. Deliro con oír sus vocecitas.

La visión de una zapatilla de unicornio al borde de la zanja me acelera la respiración. Unos metros más allá la otra y ojotas de cocodrilo verdes, y una gorra de visera que nunca vi junto a la mochilita de mi hija. Sé que no es el calor lo que me hace flaquear, ni la gramilla resbalosa de la orilla. También sé que hiperventilo y me tiembla el cuerpo.

El terraplén comienza en la zona de la zanja que sombrean los eucaliptos. Por debajo veo el túnel oscuro del entubado. La blusita de volados de mi hija flota a la entrada del túnel. Me da un vahído. Me libero rápido de las ojotas y sumerjo los pies en el agua negra. El verdín de la superficie se arremolina alrededor de mis piernas y siento el barro fino que me cosquillea entre los dedos de los pies. Escucho por fin el gorgoteo afable de voces infantiles y bracitos y piernas que chapotean. Me apuro a vadear hasta donde comienza el túnel.

—Dame la rana, ¿no ves que le estás haciendo mal?

—No, dejá, vamos a llevarla a casa y la asamos.

—¿Qué decís?, bruto. Mirá los ojitos que tiene, pobrecita.

—Capaz que le das un beso y te convertís vos también en rana.

—¡Más rana serás vos! A ver, cómo hacés croac croac.

El chico se pone a croar con voz impostada y los dos se ríen.

Las voces no provienen del túnel, sino del otro lado, allá donde las totoras crecen altas y tupidas. Pero yo sigo con la vista la prenda de mi hija que ya cruza por debajo del puente. Me inclino y veo una niña. Lleva un moño de raso bien atado en lo alto de su cabeza y el vestidito de hilo que me tejió la abuela, el de florcitas rococó. Siento mucho frío y grito «¡Mamá!» A través del túnel veo una sombra descomunal que se acerca. Creo que voy a perder el conocimiento cuando una manita se aferra a mi brazo y me saca del estupor.

—¡Mirá, mami, encontramos una rana!

Es pequeña, color verde brillante con manchas casi doradas. Y a mí me parece la rana más hermosa del mundo.

**Este cuento ha recibido el XXIII Premio de Relatos Cortos Leopoldo Alas Clarín en noviembre de 2024.*

CIELO DE PEHUENES

Por entre las tablas del cielorraso se cuelan partículas de polvo en suspensión. Tornasoladas a la luz del día bailan una danza letárgica, se contonean, se expanden, flotan como astronautas.

Desde su encierro en el sótano Germán las mira fascinado: columnas de luz que descienden a intervalos de siete centímetros desde el mundo exterior hacia la oscuridad supina de su reclusorio; su refugio, su cárcel.

Todos los días espera este momento y acerca la cara a las hendiduras de las tablas; en un intento fatuo de aspirar los tibios rayos que el cielo neuquino le regala. Son caricias. Su piel está amarillenta y ya ni recuerda cómo era antes, cuando se recostaba en un parque de La Plata durante horas enteras con alguno de sus libros favoritos.

Ahora él casi no lee.

Los pocos libros que hay aquí se los sabe de memoria y están amarronados de tanto hojearlos con las manos percudidas.

Pega la nariz al punto donde un nudo en la madera genera una apertura mayor que en el resto de las tablas. Trata de pispiar hacia afuera. Desde abajo ve las patas rústicas de la mesa, firmes y fijas como las de un elefante. Las otras más delgadas, las de las sillas, sí se mueven, cambian de lugar constantemente; a veces están contra la ventana, o más allá, otras veces generan rectángulos de sombra que le roban el sol. Son inquietas como cervatillos, aunque viven en cautiverio, como él; no logran emigrar más

allá de los cuatro metros cuadrados que conforman la cocina. Cuando gira un poco la cabeza hacia la izquierda alcanza a ver la araucaria del patio que madura sus piñones en silencio, sin que la muevan los vientos ni la molesten los pájaros.

Ella no está.

Esta hora le pertenece solo a él.

Trata de forzar la vista arrugando las comisuras de los ojos. Hoy tal vez se vea como una bruma celeste el Espinazo del Zorro. ¿O será el Chachil? Cree adivinar el cerro a lo lejos. Apenas una sombra.

Cruza el cielo un gorrión. Pasa cerca del pehuén, pero no se posa allí. Evita las espinas.

Germán ya se acostumbró al silencio. Al principio lo ensordecía, luego se volvió asfixiante, como una sustancia blanca que se colaba por sus oídos y lo llenaba por dentro. Le nublaba la visión, se metía a la fuerza en el cerebro hasta embotarlo y detener los pensamientos, como quien rellena un muñeco de estopa. A veces se desesperaba. Golpeaba con sus palmas la frente o las sienes. Pero nada. La estopa blanca invadía todo hasta que su mundo se volvía rojo y, entonces, se disparaban flashes de aquellos momentos de terror, de los que tanto trataba de huir y olvidarse. Y al final solo servía llorar. Las lágrimas aliviaban la presión de las sienes, pero lo dejaban exhausto.

Le avergüenza verse reducido al servilismo de un perro que espera a su ama y se deshace en meneos de rabo cuando esta finalmente llega. Sentir esa alegría aliviadora le provoca humillación y, sin embargo, no puede evitarla. Me he vuelto un condenado perro, sin dignidad, piensa. Peor todavía. Un perro saludaría al amo y después se iría por ahí a hacer lo suyo. Él en cambio permanece aquí, esperando como idiota. Pendiente. Con el cuerpo

encendido como doncella en un harén. Así vive, atento a cada sonido que venga de arriba, a cada movimiento.

Me doy asco, piensa.

Al principio era genuina la ansiedad. Cuando todavía sentía deseo por ella y su cuerpo era el oasis de los días impasibles y vacíos. Cuando sus pasos apurados hacia la escalera marinera, oculta bajo la alfombra, eran un preludio erótico. Entonces él, incapaz de esperar a que descendiera, la descolgaba de los peldaños de palo y tiento con la tenaza de su abrazo, la arrastraba hasta el colchón y ahí caían enredados. Se deleitaban con un sexo urgente, azuzado por la espera y la impúdica intimidad del aislamiento. Eran días de gloria, de despreocupación, donde lo único que importaba era estar vivos.

***

Pero la urgencia no sobrevivió un segundo invierno.

Y de eso hacía ya tiempo.

Cuando la nieve arrecia por estas latitudes el paisaje queda inmóvil. Todo hiberna. La gente se vuelve taciturna y no sale excepto que la obligue alguna necesidad extrema. Ya no se escuchan vehículos vadeando el camino doscientos metros más abajo del rancho. El río está tan crecido que da miedo. Ni los caballos lo cruzan.

Entonces ella se quedaba en casa. Encendía el hogar y lo dejaba subir a cebarle mates mientras tejía maravillas en el telar mapuche, a la luz de la lumbre—porque no había electricidad—con la lana que había esquilado a principios del verano.

—Che, Germán, qué buenos mates cebás para ser porteño.

—Gracias, pero porteño no soy, ya sabés.

—¿La Plata no queda en Buenos Aires? —Él asintió—. Bue… Ahí tenés.

—Los porteños son los de capital.

—Para nosotros, del Río Colorado para arriba son todos porteños.

Sandra sonrió y él desistió en su explicación. Daba lo mismo, ella nunca cambiaba de opinión. Ensilló el mate y fue a calentar la pava.

Durante ese tiempo él vivía otra vida. Una de receso invernal y no la de un recluso perpetuo. Podía dar vueltas por la casa —siempre lejos de las ventanas— y hasta incluso salir a pisar la nieve, al galpón a buscar leña o al gallinero a traer los huevos. Cuando había luna llena caminaba de noche por el campo y la ventisca le golpeaba la cara recordándole que estaba vivo.

Hubo ocasiones en las que pensó en escaparse. ¿Pero dónde podría haber ido, sin equipamiento ni provisiones? Sin conocer del todo la ubicación. Habría terminado congelado en medio del campo o lo habrían atrapado igualmente los milicos, después de tanto esfuerzo.

Porque, aunque se sintiera preso, reconocía que Sandra solo había querido protegerlo.

***

Poco después del golpe del 76 había tenido que pasar a la clandestinidad. Habían desaparecido varios de sus compañeros de facultad, con los que solía militar en las villas de La Plata. Pero cuando finalmente cayó el «cuadro» principal de la organización en el 80, hubo que esfumarse. Unos curas tercermundistas mandaban a los que podían por salvoconducto a la ciudad de

Neuquén, donde Monseñor de Nevares se encargaba de esconderlos y luego se iban en camión hacia el interior. Apenas pudo ver la ruta; supo que se desviaron después de Primeros Pinos y ya no logró ubicarse más. Sandra los llevó al Flaco y a Germán en su camioneta, cubiertos con una lona. Se le fijó en la memoria el olor asfixiante de la lana sucia y los esfínteres vaciados del Flaco, que no soportó que los parara la caminera. Escucharon a Sandra saludar a los policías por sus nombres y hablar calmadamente con ellos durante unos minutos. Si al Flaco lo *chupaban,* pensó entonces Germán, iba a cantar como una *prima donna*.

Sandra era una mina rara. Morocha, grandota, de gestos decididos y modales cortantes. Hablaba poco. No se podía adivinar su edad, pero seguro que tenía muchos años más que ellos. A veces se les quedaba mirando y no sabían qué pensar. ¿Sopesaba la posibilidad de entregarlos? Aunque eso no tenía sentido porque ella misma se hubiese visto envuelta en el lío. Los miraba alternativamente sin decir palabra.

El Flaco le tenía miedo. Después de que la vio degollar un corderito con un solo movimiento de cuchillo empezó a tener pesadillas y a despertarse sudando y a los gritos en medio de la noche. Era una paradoja tenerle más miedo al salvador que al que te persigue. Pero el Flaco estaba quebrado y no tenía Madera de héroe. Estaba perdiendo del todo la chaveta.

A Sandra le debían la vida.

Cuando ella se llevó al Flaco, dijo que lo iban a sacar por Pino Hachado a Chile y de ahí hacia el sur. No quedó claro el porqué de esa decisión, tampoco que esa fuera una buena idea. Pero no había nada que hacer. Se hacía lo que decía Sandra. El Flaco abrazó fuerte a su amigo antes de irse y le clavó su mirada de ojos desenfocados que le decían que no iban a volver a verse.

Pobre Flaco, pensó Germán, hubiera sido un gran docente, con los chicos tenía buena mano.

Algo de la presencia del Flaco se quedó con Germán en ese sótano que habían compartido, tal vez la sensación de no estar absolutamente solo.

***

Cuando estalló la guerra de Malvinas Sandra se puso paranoica. Decía que los militares se habían ido de mambo y que el avispero estaba revuelto. Después del hundimiento del Belgrano dejó de comprar pilas para la radio. Adujo que el aparato no funcionaba y que, además, no necesitaba saber más sobre los delirios de grandeza de esos cabrones y de los pobres soldaditos correntinos que habían mandado al frente. Pero Germán estaba seguro de haber oído que la dictadura se tambaleaba y que tal vez llegaría pronto a su fin. Ella dijo que se lo había imaginado.

En parte Sandra tuvo razón. Una simbiosis pegajosa floreció en el silencio. La desinformación acentuó la intimidad y con la paz mental resurgió el idilio. Hacía mucho tiempo que él no veía a nadie más. Tal vez por eso ella le parecía hermosa. Le gustaba todo; los gestos, las palabras, hasta los silencios habían cobrado tal dimensión en su vida que ya no recordaba sus hábitos y sus gustos, y desconfiaba de sus propios razonamientos. Germán se esforzaba por hacer caso a todas las indicaciones. Por ejemplo, quedarse siempre en el sótano, porque supuestamente había camionetas del ejército patrullando la zona. Y él acataba, aunque no escuchara nada y hacía tiempo que no veía ningún vehículo militar. Pero ella era la que andaba por los caminos y sabía lo que pasaba.